

CONSIDERACIONES SOBRE UNOS EPIGRAMAS DE OWEN ATRIBUIDOS A VALLE Y CAVIEDES

LUIS GARCÍA-ABRINES CALVO

Todas las *agudezas*¹ que han venido atribuyéndose a Juan del Valle y Caviedes (1645-1693) son de John Owen (1560-1622). Este publicó una colección de epigramas, *Epigrammatum Libri Tres*, Londres, 1606, obra que fue traducida por Francisco de la Torre y Sevil (1625-1681), *Agudezas de Juan Owen traducidas en metro castellano*, Madrid, 1674.

En la primera columna del cuadro siguiente figura el número de la *agudeza*, seguido del de la página, en la edición de Daniel R. Reedy, *Obra completa de Juan del Valle y Caviedes*, Biblioteca Ayacucho, Caracas (pero impreso en Barcelona), 1984. Sigue el primer verso del epigrama en esta edición. A continuación el libro de Owen, en caracteres romanos, y número de los correspondientes *epigrammata*. En la última columna el número de la página en la mencionada obra de Francisco de la Torre. Suman un total de 41 *agudezas* en la edición de Reedy, que en realidad son 42, porque el último epigrama son dos unidos por error de los copistas.

123	321	Si te faltaren corderos	II	248	193
124	321	Aunque mi madre la cera	II	217	143
125	322	Lo que a los dos os sucede	II	217	146
126	322	¿Por qué al recibir o al dar	II	244	187
127	322	El dar publicando es golpe	II	244	187
128	323	Todas las mujeres mandan	II	258	205
129	323	Siendo hueso la mujer	I	58	70
130	323	Con las armas del dinero	II	214	140
131	323	No teme Paula al francés	I	102	151

¹ Rubén Vargas Ugarte y Daniel R. Reedy, en sus respectivas ediciones del *Diente del Parnaso*, transcriben *agudas*. Esto perjudica al poeta y confunde al lector, como ocurriría si en vez de licencia del *ordinario* escribiésemos *liza del ordo* (Juan del Valle y Caviedes, *Diente del Parnaso*, manuscrito de la Universidad de Yale, fol. 214 r).

132	324	Vendes tu amor y es fingido	I	103	152
133	324	Ut, re, mi, fa, sol, la, alegre	I	111	171
134	324	La piedra que buscas, Pedro	II	119	9
135	324	Después de abrasada Troya	II	122	10
136	325	Siempre repite el ser lago	II	156	54
137	325	Si la cabeza es simpleza	II	228	165
138	325	La medicina contina	II	230	168
139	326	Compra si quieres tener	II	236	177
140	326	Primero, antes que la lengua	II	242	184
141	326	Si como en un muro, en mí	III	293	48
142	326	Tu frente es desnuda y fría	II	200	113
143	327	Hebra su ropa raída	I	43	47
144	327	Bola en el mundo que sola	I	44	49
145	327	Ni aun con la muerte escapar	I	45	50
146	328	Que nadar ha de saber	I	52	63
147	328	Obra de tinieblas es	I	53	64
148	328	Si yo pierdo la salud	III	300	57
149	329	Venus, codiciosa y bella	I	57	68
150	329	Todos son uno a un compás	II	214	141
151	329	Cosa nueva en esta edad	III	312	76
152	330	El que no ve el mal en aquél	III	314	79
153	330	Dios de los libros te libre	I	21	19
154	330	Cara la mujer se advierte	II	184	98
155	330	De hierro duro a ser pasa	II	189	111
156	331	Si a la templanza el desorden	III	337	123
157	331	Del sacro fuego arcaduz	III	317	83
158	331	Creció de aplauso al compás	III	317	84
159	332	Maestro sin barba y bobo	II	175	87
160	332	Culpas los lascivos nombres	I	91	130
161	332	Caerá el que en sus bolsones	I	36	39
162	332	Aunque Venus no se da	II	182	95
163	333	Para vivir muerto, importa	III	294	49
[164]	333	Son la cama y el sepulcro	II	188	108

Nuestro hallazgo surgió al corregir los siguientes versos²:

Marcial, viendo amanecía
 muerto un hombre sin dolencia,
 dijo: «Aqueste hombre soñó
 con médicos por la cuenta.»
 «Oh, ven», dijo, «se curaban
 los médicos la pobreza
 con los enfermos, por el
 estipendio que les llevan.»

² Reedy, *op. cit.*, pág. 120, vv. 357-364.

El segundo epigrama no lo escribió Marcial, luego tenía que ser de Owen (*Oven dijo se curaban*), como efectivamente lo era (*Epigrammata*, I, 21):

Ad quendam pauperem Medicum

Qui modo venisti nostram mendicus in urbem,
Paulum mutato nomine fis medicus.
Pharmaca das aegroto, aurum tibi porrigit aeger;
Tu morbum curas illius, ille tuum.

Se lo comuniqué a José Manuel Blecua Teijeiro, quien me indicó que Manuel Alvar López acababa de publicar un volumen titulado *Edición y estudio del "Entretención de las Musas" de don Francisco de la Torre y Sevil*³. El nuevo paso fue pedir microfilm de las traducciones de los epigramas de Owen, de Francisco de la Torre, a la Biblioteca Nacional de Madrid. Y allí fui encontrando, una a una, todas las agudezas atribuidas a Valle y Caviedes. Sin José Manuel Blecua y sin Manuel Alvar mi descubrimiento hubiera quedado muy incompleto.

El que estas 42 *agudezas* no sean de Juan del Valle y Caviedes, no perjudica en absoluto a nuestro poeta. Al contrario, es hacerle un gran favor. El conceptista andaluz era mucho más agudo que el *Marcial inglés* y tenía más chispa que Francisco de la Torre, porque si de agudeza de ingenio hablamos, véase el siguiente chiste del tortosino⁴:

No hay quien tu apetito dome:
las aves tragarse ordena,
venganza desto se tome,
no puedes ser Avicena,
¿y quieres ser Avi-come?

La forma en que se nos ha transmitido la obra de Juan del Valle y Caviedes, manuscrita y editada, es algo que da ganas de llorar. Por una parte, por atribuirle las señaladas *agudezas* y otras muchas poesías, realmente malas, entre las que se encuentran todas las religiosas. (Igual que su maestro. "Don Francisco de Quevedo, hijo de sus obras y padrastro de las ajenas", reza el famoso *Memorial*.) Y por otra, porque las poesías verdaderamente suyas están plagadas de innumerables errores, algunos garrafales, que se elevan a los centenares. Todo esto sin mencionar lo que se hizo con su biografía, que ése es otro cantar.

³ Valencia, 1987.

⁴ Torre, *op. cit.*, pág. 41.

Pronto podremos ofrecer al público una edición del *Diente del Parnaso* (que hemos realizado a ratos encontrados, perdidos nunca lo fueron), a la que seguirá un segundo volumen titulado *Poesías sueltas*. Nos servirá de modelo uno de los dos manuscritos que posee la Universidad de Yale, el titulado *Diente del Parnaso* (sin signatura), el mejor (o menos malo, hablando con propiedad) y más antiguo, y para algunas correcciones tendremos muy en cuenta el manuscrito⁵ que descubrió José Manuel Blecua en la Biblioteca Nacional de Madrid (ms. 8341).

Nuestra edición del *Diente del Parnaso* ha de ser *rigurosa* en todos los sentidos de esta palabra, menos en el que le da la Medicina. El frío que se quede para la Muerte.

Para dar solamente un ejemplo de los errores de los plumarios, que luego pasarán a las letras de molde, véase cómo nos ha llegado en el manuscrito de la Universidad de Duke (Peruvian Collection, *Caviedes. Colección de sus poesías. Siglo XVII*) y en el libro de Reedy, la *adición* de Francisco de la Torre al epigrama, *In Pontiam*, de Owen (*Epigrammata*, I, 63). Cito por la edición de 1606, propiedad de la Universidad de Harvard, pág. 10:

In mare Cornutos iaciendos Pontius inquit.
Pontia respondit, Disce natate prius.

Reedy, basándose en el manuscrito de Duke, traslada dos quintillas de esta suerte⁶.

Quien nadar ha de saber,
no hay duda y aun con destreza
buzo veloz ha de ser,
porque saca la riqueza
del fondo de su mujer.
Y nadar es su decoro
pues real, ágil y fiero
nada el grave buzentero
y nada de Europa el toro.

A simple vista ya se observan la inversión de las dos quintillas y la omisión del cuarto verso de la segunda estrofa. Evidentemente este verso quedó suprimido porque la persona que dictaba a los copistas ignoraba la historia del vellocino de oro. Pero ésas no son las únicas erratas. Hay cinco más, des-

⁵ Falta la portada. En el tejuelo dice: *Guerra Física, y Proezas Medicales*. Para este trabajo hemos contado con la ayuda inestimable y desinteresada de José Manuel Blecua, Manuel Alvar y Sydney Jaime Muirden, quienes junto con su sabiduría nos han proporcionado sanas lecciones de paciencia y humildad, en todo lo cual hemos hecho grandes progresos, porque siempre desafinábamos un poco.

⁶ Reedy, *op. cit.*, pág. 328.

contando la puntuación: *Quien, Y nadar es su decoro, buzentero y nada* dos veces.

El texto de las dos quintillas de Francisco de la Torre, de un poema original de nueve⁷, es como sigue:

Nadar es su gran decoro;
pues real, ágil, y fiero,
nada el grave Buzentoro,
nadó de Frixo el Carnero,
y nadó de Europa el Toro.
Que nadar ha de saber,
no hay duda; y aun con destreza
buzo veloz ha de ser;
porque saca la riqueza
del fondo de su mujer.

En todas las poesías de Juan del Valle y Caviedes, tal como se nos han transmitido, ocurre lo mismo que con la anterior *adición* de Francisco de la Torre. Los errores colectivos e individuales se contagian multiplicándose. Una caterva de gazapos en progresión geométrica, sin pies ni cabeza. En el caso del epigrama estudiado, tenemos el original de Francisco de la Torre, pero no así en el andaluz-limeño. Nuestra edición del *Diente del Parnaso*, en colaboración con Sydney Jaime Muirden, procurará corregir toda una plétora de desatinos. Trabajo lento, de muchos años, en el que con paciencia íbamos ganando el cielo mientras que copistas y editores trataban de gastárnosla. En el rosario sin fin de erratas, las cuentas de los misterios dolorosos renacían con gloriosa vida, saltando de gozo.

Había que hacer justicia a un poeta extraordinario con el que se cerraba nuestra primera Edad de Oro, dando a conocer, después de tres siglos de espera, a un escritor extremadamente agudo y divertido, no sólo de España, sino de ambos mundos, que era prácticamente desconocido, puesto que los pocos que sabían de su existencia estaban muy mal informados. Juan del Valle y Caviedes nunca escribió *haiga*⁸; jamás dijo que Sócrates fuera rey de Egipto, pero sí Sesostri⁹, ni mucho menos insultó a Juan de Aus-

⁷ Torre, *op. cit.*, pág. 52.

⁸ Reedy, *op. cit.*, pág. 445, v. 103.

⁹ Todos los manuscritos repiten la misma errata, excepto el descubierto por José Manuel Blecuá (Bibl. Nac. Madrid, ms. 8341, fol. 59 r). El copista de éste, más despierto, se dio cuenta de la barbaridad y escribió *Zoroastres*, pero se pasó de listo. Tomando como medida el meridiano que pasa por la Esfinge y las Pirámides, aquéllos se desviaron unos grados de longitud oeste (Grecia) y éste unos pocos más hacia el este (Bactria). Valle y Caviedes al hablar de Sesostri menciona la magia de la Medicina, y las aficiones mágicas de Zoroastro siempre han sido muy conocidas. San Isidoro, *Etymologiarum*, lib. IX, 2: «Huius gentis rex fuit Zoroastres, inventor magicæ artis.» Pero esta noticia le llegó al copista —que no sabía latín, según lo evidencian sus errores— a través de la

tria¹⁰ llamándole más verdugo que Marquillos el de Madrid¹¹. Estas injusticias claman al cielo, porque cualquiera que vaya a una librería, ojee este libro y por casualidad tropiece con estas erratas, lo vuelve a dejar en el estante en que se encontraba.

Además nos encontramos con casos inauditos, como el siguiente de Ricardo Palma. Valle y Caviedes, en el *Coloquio que tuvo con la Muerte un médico, estando enfermo de riesgo*, verso 123, dejó escrito "Juan de Reina, ayer barbero"¹². El copista del manuscrito de Yale garabateó un mal medido octosílabo a finales del siglo XVII, "don Juan Átruia (sic), ayer barbero", y en el siglo pasado, en el mismísimo manuscrito, el nada menos que director de la Biblioteca Nacional del Perú, tachó —con tinta— la *b* de *barbero* y escribió *barquero*, quedando en letra impresa la desgraciada enmienda,

traducción de Antonio de Roys y Rozas de la *Ciudad de Dios* de San Agustín, lib. XXI, cap. XIV, Amberes, 1676: «Sólo Zoroastres Rey de los Batrianos, dicen que nació riendo, aunque tampoco aquella risa, como no fue natural sino monstruosa, le anunció bien alguno. Porque, según dicen, también fue inventor del arte mágica, la cual le aprovechó muy poco.» Como siempre, se lo comuniqué a José Manuel Blecua y me contestó lo siguiente: «Lo de Sócrates y Sesostris me ha divertido tanto como una lectura de la *Crónica abreviada* de don Juan Manuel donde el copista escribió "el emperador era chico" y la fuente —la *General*— dice "el emperador Eraclio"». Feijoo menciona varias veces a Sesostris, y en el siglo XX, otro poeta de la Bética (¡estos andaluces benditos!), Federico García Lorca, escribe *Oda y burla de Sesostris y Sardanápalo* (edición de Miguel García-Posada, Esquío-Ferrol, 1985).

¹⁰ En 1693 (o quizá al año siguiente), a raíz de la muerte del poeta en Lima, se reunió un grupo de plumarios, con el correspondiente lector, para sacar copia de las obras de Valle y Caviedes. Estos plumarios, como lo prueban los ocho manuscritos que poseemos, eran de esos que daban la razón a Benito Jerónimo Feijoo (30 años más joven que Valle y Caviedes) quien hablando de los «españoles americanos» (*Teatro*, t. IV, disc. V, 21) decía: «... por la mayor parte son malos plumarios». Y más adelante (*Teatro*, t. VII, disc. X, 14): «No hay original alguno excelente en nuestra especie, de quien no se saquen innumerables copias; pero copias, que no pasan de mamarrachos».

El lector de los manuscritos originales de Valle y Caviedes estaba a la altura de los plumarios, porque (además de los errores individuales) hay una serie de erratas que se repiten en todos los manuscritos. Cuando Valle y Caviedes escribió *Reina*, trazó una erre grande en forma de equis que el lector confundió con la preposición *de*. La *e* del poeta era como una epsilon tumbada, con el orificio tan cerrado que, por descuido o cansancio, pudiera leerse *au*. El rabito inicial de la *n* cortaba la *i*, y el punto de ésta quedaba desviado un poco a la derecha, encima del trazo final de la nasal, cabiendo la lectura *ri*. Más o menos, nuestro amigo Juan, escribió *Reina* y donde decía *Reina*, el lector leyó *de Austria* (ms. Yale, fol. 83 r). En otro lugar vuelve a equivocarse, esta vez *Átruia* (ms. Yale, fol. 15 r). Los restantes manuscritos terminaron por meter la pezuña del todo: *Don Juan de Austria*. Y con este nombre se imprimieron los libros hasta nuestros días.

¹¹ Reedy, *op. cit.*, pág. 133, v. 270.

¹² El poeta, la verdad sea dicha, estaba burlándose del doctor Juan de Reina, de quien en otro poema (Reedy, *op. cit.*, pág. 100) dice que era tan verdugo que mataba a sus pacientes a puro sustos. Nada más ver al enfermo —y en su presencia— ordenaba a la familia sacar inmediatamente los lutos, encender los candelabros, ponerle la mortaja al presunto cadáver y salir corriendo en busca del cura. En el poema se dice que «... no ha inventado verdugo / modo de matar más nuevo» (ms. Yale, fol. 67 r).

ofensiva y de mal gusto: *Don Juan de Austria, ayer barquero*¹³. Véanse las ediciones del *Diente del Parnaso* de Manuel Odriozola¹⁴, Lima, 1873, página 362. Otra debilidad de Palma consiste en tachar la palabra que no entiende, como *exación* (exhalación) y escribir encima la que se le ocurre, *tempestad* (ms. Yale, fol. 3 v).

En la edición de Reedy (págs. 320-321), delante de las 42 *agudas* (?), hay tres *sátiras* que tampoco son de Valle y Caviedes: “Sólo por buen parecer”, “Habla mucho en lo matante” y “Que es su padre caballero”. Las tres malas y con erratas, y la última aun sin rima.

El mismo año en que muere Quevedo, nace en Jaén el discípulo más aventajado de éste, y tiene por ilustre cuna la antigua villa de Porcuna, hoy no menos ilustre ciudad. El epígrafe del romance de Valle y Caviedes que empieza, “De hacienda potroverdugo”, reza así: *Los efectos del protomedicato de don Francisco de Bermejo [escritos] por el ánima de don Francisco de Quevedo*. ¿Habrá que creer en la metempsicosis? Después de todo, un benedictino modelo, Benito Jerónimo Feijoo, escribió lo siguiente al comparar a dos cardenales, Francisco Jiménez de Cisneros y Gaspar de Molina y Oviedo, en la dedicatoria a éste del tomo octavo de su *Teatro*: “Si Pitágoras viviese en este siglo, afirmaríala transmigración del alma del gran Jiménez al cuerpo de vuestra eminencia”.

Giuseppe Bellini publicó en Milán, en 1974, un librito titulado *Quevedo en América*. Nada más cierto ni justo. Y —si de justicia hablamos— el aragonés que esto escribe (*Justice of de Peace* de New Haven, Connecticut) no hace más que cumplir con su deber.

¹³ Pasemos por lo de *verdugo*. Un hombre que se cargó a 25.000 turcos en Lepanto y en Gemblours, en sólo una batalla, causó a los flamencos una pérdida de 10.000 hombres —según cifras del *Diccionario* de Roque Barcia— y vivió 33 años... ¿Verdugo? no sé. Pero que había matado más que Marquillos, no había duda alguna. Lo otro, lo de *barquero*, es intolerable.

¹⁴ La confusión de Odriozola proviene de Ricardo Palma. El manuscrito de Yale, tantas veces mencionado, fue el que utilizaron Odriozola y Palma. Este manuscrito tiene muchas correcciones y notas marginales de Palma. Conocemos bien la letra del autor de las *Tradiciones peruanas*. La comprobamos en la Biblioteca Nacional del Perú, en un viaje a Lima. Además la Universidad de Yale posee el volumen de la obra de Palma, *Flor de Academias y Diente del Parnaso*, Lima, 1899, que perteneció a la biblioteca de Tomás Lama, con el sello TL y la siguiente dedicatoria autógrafa: *Al Dr. D. Tomás Lama, Vocal de la Excma. Corte, su amigo afmo. R. Palma*. Palma tropezó con grandes dificultades al descifrar el manuscrito, pues él mismo dijo: «En 1859 tuvimos la fortuna de que viniera a nuestro poder un manuscrito de enredada y antigua escritura» (Palma, *op. cit.*, pág. 335).